

Introducción

Abril de 1998, “oposición proletaria al imperialismo europeo e imperialismo unitario”: desde hace veinte años este ha sido el lema de nuestro periódico, *Lotta Comunista*. Hay tres indicaciones estratégicas.

En primer lugar, el contenido imperialista de la construcción europea, cuyo motor último reside en la contienda mundial, y en la reacción ante la emersión de Asia y de China en particular. Este supuesto teórico indica *la unidad europea como una escisión imperialista*, lo que significa que la unificación de Europa no es una atenuación de las tensiones entre las potencias, sino un aumento de la división y la confrontación a nivel global. La ideología de una *Europa benigna* habla de una Comunidad Europea nacida en los años Cincuenta como respuesta a la autodestrucción del Viejo Continente en dos guerras mundiales. La realidad de la disputa muestra, en cambio, una UE en busca de los poderes e instrumentos para una *Europa potencia* capaz de luchar contra los Estados Unidos a la par y soportar el impacto de la intromisión de China. Si la UE ha acabado con la guerra y la violencia entre los Estados en su interior, será para proyectar su poder hacia el exterior.

En segundo lugar, la oposición al imperialismo europeo, es decir, al “enemigo en nuestra casa” en el lema de los internacionalistas de 1914, presupone la lucha no solo contra la Unión Europea sino también contra los recintos nacionales empuñados por el capital en los siglos del ascenso y afirmación burguesa hasta el siglo XX imperialista, bajo cuya insignia precisamente Europa fue destruida en las dos guerras mundiales entre 1914 y 1945. Solo el internacionalismo comunista, con el asalto de Octubre de 1917, supo oponerse a esa carnicería.

Hoy, el retorno a los mitos del nacionalismo y la soberanía de las pequeñas patrias son una mera charlatanería frente a las colisiones históricas, como la emersión de China o la irrupción de los flujos migratorios, pero no por esto no hace daño. Además de ser receptáculos de las ideologías más reaccionarias y xenófobas, esas ideologías asustadas de la pequeña burguesía y las capas intermedias se oponen a la unidad del mercado de la fuerza de trabajo a escala continental. La libre circulación de los asalariados en la UE, con los espacios que ofrece a la unidad del proletariado en Europa, es una ventaja objetiva y sin precedentes desde el punto de vista de las relaciones de las

fuerzas de clase : debe defenderse contra las ilusiones soberanas de toda tipo, ya sea el reciclaje de viejos escombros reaccionarios o el descubrimiento furioso de un *soberanismo de izquierda* por parte de un maximalismo en busca de réditos electorales.

Finalmente, en el concepto de *imperialismo unitario*, está contenida la oposición de clase a la dominación mundial del capital : en la dialéctica de *unidad y escisión* —las potencias están en lucha entre sí, pero unidas para asegurar el dominio de clase— el desarrollo imperialista ha llevado a un aumento colosal del proletariado mundial.

Dos mil millones de trabajadores asalariados : es la fuerza de nuestra clase a nivel global ; contra las ideologías encogidas por temor al *nuevo ciclo político*, los trabajadores de vanguardia deben pensar en europeo para mirar al mundo. Aferrar con firmeza el principio del internacionalismo es, por lo tanto, una necesidad vital, para no terminar como una presa de las ideologías venenosas del nacionalismo, así como de la nueva reacción, a escala continental, del europeísmo imperialista o de los mitos de otras potencias.

Hace unos años mencionamos en el texto *L'Europa e lo Stato*, en Asia y Europa *dos cuestiones clave* de este análisis : « Si bien la irrupción china y la unificación europea no agotan el marco de la disputa, son los dos temas cruciales que la estrategia revolucionaria debe saber afrontar ». En la confrontación entre conjuntos continentales, el verdadero rasgo sin precedentes de la nueva fase estratégica, « es la mutación colosal en el equilibrio de poder que toma forma en Asia y que empuja hacia la centralización política en Europa. [...] Parece paradójico : la determinación de Europa tiene lugar en Asia ».

El punto de partida es el juicio central formulado por Lenin en 1915 : « Los Estados Unidos de Europa bajo un régimen capitalista serían imposibles o reaccionarios ». Sin embargo, toda conquista de la teoría marxista es vital si se convierte en un instrumento de lucha, desarrollado y actualizado para las tareas de la batalla revolucionaria. En el recorrido iniciado en el período de posguerra a partir de la CEEA, el progreso de la unidad europea es un hecho : de ello se deriva que los poderes europeos se definen cada vez más como una reacción a América y al Asia emergente.

Un pasaje de Arrigo Cervetto —contenido en *Il mondo multipolare—*, ofrece una perspectiva histórica e ilustra la magnitud del cambio histórico : « Hoy en día la historia ha acelerado su ritmo de manera impredecible. Es un fenómeno que solo se puede entender a través del materialismo histórico. El análisis del siglo XVI, como un siglo de aceleración y ruptura de la historia mundial, es un modelo para la visión marxista : Europa despega, Asia pierde terreno, y se queda

como el continente de las cien mil aldeas y el despotismo, América hace su entrada en la civilización. Nace la historia moderna ».

Al comienzo del mundo burgués, el Mediterráneo deja poco a poco espacio para la emersión del Atlántico como la principal ruta de tráfico mundial.

El fragmento es de 1991, cuando Cervetto elabora el cuerpo de análisis que dará sustancia a la fórmula, durante la década posterior, de una *nueva fase estratégica*. Por lo tanto, al reconocer el declive de la cuenca atlántica y el ascenso del Pacífico, Cervetto se refiere implícitamente a la predicción formulada en 1850 por Marx y Engels en la *Nene Rheinische Zeitung Revue* : « El Océano Pacífico tendrá la misma función que ahora tiene el Océano Atlántico, y que en la Edad Media era del Mediterráneo, función de la gran ruta marítima del tráfico mundial ; y el Océano Atlántico se reducirá al papel del mar interior, como lo es ahora el Mediterráneo ».

Para reaccionar ante su declive relativo, que afecta a las dos orillas del Atlántico y Japón, el Viejo Continente se ha embarcado en el camino de la integración político-institucional, y con esto impone una redefinición también en la relación transatlántica. Esta mutación de vínculos recíprocos siempre ha estado implícita en la fuerza del motor alemán reunificado, y esto motivó el reparto real de Yalta, con la que los Estados Unidos y la URSS impidieron la unidad europea a través de la división de Alemania. La *cuestión europea* contiene históricamente la *cuestión alemana* ; Alemania, escribe Michael Stürmer, quizás con una excesiva torsión “geopolítica”, es « el lugar donde todas las penínsulas europeas están unidas entre sí y con la masa continental euroasiática ».

Ahora, como producto del desarrollo económico y *político* desiguales, en el Viejo Continente surge el debate, particularmente intenso en Berlín, sobre una autonomía estratégica europea en la contienda, especialmente con respecto a los Estados Unidos. Se parte de las diferentes tradiciones nacionales.

La expresión de Stürmer se refiere a la *ambivalencia* alemana, que, frente a Washington, amenazó con jugar la carta asiática, en 1989 hacia Japón, hoy hacia China. Por ahora, no es una ruptura del vínculo transatlántico, sino un reequilibrio y transformación desde el interior, ya que la relación con Washington es, junto con la dimensión europea, un pilar fundamental del *Westbindung* alemán. De su anclaje al Oeste. En cualquier caso, la ambivalencia alemana, que hasta ahora reflejaba sobre todo un dilema y una minoría estratégica, se transforma cada vez más en la posibilidad de una autonomía estratégica europea, expresada en diferentes formas por los

principales dirigentes de Berlín. En 2014, el entonces ministro de Finanzas, Wolfgang Schäuble, avanzó el concepto de « reciprocidad transatlántica ». En 2017, después de las primeras reuniones con el nuevo presidente estadounidense, Donald Trump, la canciller Angela Merkel, bajo una carpa de la cerveza en Trudering, pronunció una frase con la intención de resumir el significado de una era : « Los tiempos en que pudimos contar completamente con otros de alguna manera han pasado. Lo he experimentado en los últimos días. Nosotros, los europeos, verdaderamente debemos tomar nuestro destino en nuestras manos ». Más tarde, el exministro de Asuntos Exteriores, Sigmar Gabriel, esperaba que Europa pudiera convertirse en una « potencia que modela ». Finalmente, el ministro de Asuntos Exteriores, Heiko Maas, propuso la idea de una « asociación equilibrada », donde Europa sea capaz de encarnar « un contrapeso » a los Estados Unidos.

En Francia la relación con América y, en general, la proyección de potencia se basa en la tradición gaullista. El general Charles de Gaulle no pone en discusión la alianza con Washington, pero reivindica la autonomía de París, sancionada también en el nivel de la disuasión nuclear. En relación a Europa, a pesar del acento sobre las naciones, de Gaulle escoge el anclaje renano respecto al imperio colonial francés : a la independencia de Argelia en 1962 le sigue, el año siguiente, el Tratado del Eliseo. François Mitterrand confirma y refuerza la dirección estratégica europea, en particular con el posicionamiento renano de 1983 y después con la relación con Helmut Kohl, el canciller de la reunificación alemana. Hoy Emmanuel Macron reivindica una filiación de aquella tradición, declinada bajo la forma de un *gaullismo europeo* y con el concepto de “soberanía europea”.

Gran Bretaña ha contado históricamente con una *relación especial* con Washington, pero ahora ve minados los dos pilares principales de su política exterior : el nexo atlántico es incierto frente al unilateralismo americano, y la relación con Europa está bajo discusión por el Brexit, una salida de la UE que está revelando como atormentada y contraproducente.

En las colisiones globales, la capacidad de Europa de jugar un papel en la contienda está ligada al grado de su cohesión interna. El déficit de centralización europeo, un logro histórico de la afirmación secular de los Estados nacionales, es un obstáculo para la proyección de potencia que abre espacios a las crisis y las intromisiones exteriores. La adecuación a la nueva escala de la contienda ha impuesto un atormentado proceso de *ruptura y cesión de la soberanía*, particularmente sufrido en Estados como Francia y Gran Bretaña porque reivindicaban tradiciones patrias ininterrumpidas desde la Edad Media y un

pasado imperial, con los mitos de la *grandeur* universalista y la libertad insular.

Para aferrar la complejidad del cuerpo continental europeo y de sus poderes, nuestra elaboración ha introducido el concepto de *pluralidad de superestructuras*, en la dialéctica político-institucional interna a los envoltorios nacionales, con sus tradiciones y factores morales, y entre los Estados y la Unión. Ésta última se articula, a su vez en diversos niveles de integración, desde el núcleo de la federación del euro, defendido y reafirmado en la batalla de Grecia, la hibridación de competencias federales y confederales de la UE, hasta las líneas más amplias de Ucrania, Turquía y quizás de la Gran Bretaña post-Brexit. Henry Kissinger, en *World Order*, ha sintetizado esta dialéctica de la centralización europea en una interrogación : « ¿ Cuánta diversidad debe conservar Europa para obtener una unidad significativa ? ».

Otros instrumentos teóricos fundamentales para indagar las formas políticas de la mutación europea, por ejemplo en el caso del Brexit, son las indicaciones de método enunciadas por Engels quien, contras las deformaciones y las simplificaciones mecanicistas, ha fijado las nociones de *resultante no querida* y *retroacción de la superestructura política sobre la estructura económica*.

Hemos visto que el proceso europeo tiene su determinación última en el mercado mundial y en la balanza de potencia. Frente a las colisiones históricas del declive atlántico y de los flujos migratorios la reacción del gran capital aferra la dimensión continental. En 2015, la canciller alemana Angela Merkel ha comenzado una batalla política para dar forma a una *política imperialista europea sobre la inmigración*. Sobre todo esta se dirige a las « exigencias de un continente en un avanzado invierno demográfico, que tiene la necesidad vital de la fuerza de trabajo joven y a menudo cualificada de la inmigración, también para sostener el peso de su Estado social. A esto se añade la proyección imperialista en las áreas de origen de los inmigrantes : al socialimperialismo de la compasión se une rápidamente el debate del intervencionismo humanitario [...] Finalmente la centralización de los poderes continentales, donde la línea de Berlín intenta europeizar de modo completo la política sobre los inmigrantes, institucionalizando un sistema de asilo europeo » (“La política imperialista sobre la inmigración”, octubre de 2015).

En cualquier caso, al manifestar un “desequilibrio europeo” respecto a la aceleración de la contienda, el propio declive atlántico se refleja en miedos sociales que buscan refugio en las naciones y rechazan a Europa en cuanto vector de la globalización, en vez de verla como el instrumento para negociar. Este ciclo político europeo, y

las tradiciones político-institucionales sobre las que se basa, ejercen una “retroacción”, determinando los tiempos y las formas del movimiento continental.

Declive estratégico relativo, fase descendente de la socialdemocratización, invierno demográfico y flujos migratorios son las tendencias de fondo que motivan la línea europea del gran capital pero al mismo tiempo producen un *nuevo ciclo político*, marcado tanto por la votación a favor del Brexit en Gran Bretaña como por el ascenso de fuerzas nacionalistas y xenófobas en el continente.

El rasgo común se encuentra en las psicologías individualistas, estatistas, propietarias y pequeñoburguesas de la avanzada madurez imperialista. Frente a la mutación histórica del declive atlántico y a la inmigración de jóvenes fuerzas, la *percepción* de una amenaza a las ventajas adquiridas, a los patrimonios, a la propiedad, a la identidad, desencadena en las viejas potencias « las pasiones más ardientes, más mezquinas y más odiosas del corazón humano, las Furias del interés privado », de las que habla Marx en el Prefacio al *Capital*.

Para la democracia imperialista europea se coloca la cuestión de la unión con su base de masas. Las oscilaciones de la pequeña burguesía, de los estratos intermedios y de los asalariados no pueden definir la línea general del gran capital, determinada en última instancia por un ciclo mundial. Pero esas oscilaciones políticas, agudizadas por la crisis de 2008, pueden definir las formas del combate político o ser impugnadas en la lucha entre los grupos y las fracciones. Es la observación de Cervetto en el análisis sobre los años Setenta, cuando la línea reformista del gran capital se impuso en Italia, aunque tuvo que tener en cuenta en sus formas políticas del contragolpe pequeñoburgués.

Debido a la exigencia de reconducir las psicologías sociales y el consenso profundo a la prospectiva estratégica de la integración europea, los rasgos de seguridad, soberanistas y hostiles a los inmigrantes son ya moneda corriente en el debate continental.

El acento está colocado sobre la *Europa que protege* contra los vientos de la globalización, una idea afirmada por Macron como motivo básico de su iniciativa política. Observamos que en prospectiva los soberanismos nacionales pueden hacerse “solubles” en esta nueva y más correspondiente dimensión de la escisión imperialista, paradójicamente convirtiéndose en rufianes ; quizás la *Europa que protege* tendrá en los soberanistas a sus perros de presa.

La protección en encarnada por Europea tiene rostros diferentes. Sobre todo la de la defensa en las fronteras exteriores. En su último discurso en el Parlamento Europeo sobre el “estado de la Unión”, el presidente de la Comisión Jean-Claude Juncker ha anunciado el

refuerzo durante los próximos dos años de la agencia UE Frontex, con 10.000 policías europeos de frontera para patrullar las fronteras externas del espacio Schengen.

Otro ámbito obvio de la protección es el de la defensa militar. Con motivo del discurso pronunciado a finales de agosto en la conferencia de los embajadores de Francia, Macron ha declarado que sobre este terreno en el último año « hemos avanzado con un ritmo inédito respecto a los últimos sesenta años ». El presidente recuerda « el reforzamiento de nuestra política común de defensa desde el verano de 2017 », la denominada PESCO, « la creación de un fondo de defensa con el objetivo de financiar iniciativas concretas, la conclusión de dos acuerdos estratégicos para los tanques y los cazas de combate entre Alemania y Francia, la conclusión con otros ocho Estados miembros de la iniciativa europea de intervención » propuesta por París en septiembre de 2017. Macron concluye : « Europa nunca había avanzado tan rápido en materia de defensa ». Pese a que este sigue siendo el terreno donde la cesión de soberanía está más atrasada, en las palabras de Macron se indica la dirección emprendida por la contraofensiva europea del eje renano.

Los poderes europeos muestran sus instrumentos, además, sobre el plano del enfrentamiento comercial con los Estados Unidos y con China, en la competición con los gigantes del sector digital estadounidense o chino, o a la hora de negociar con Pekín las amenazas y las oportunidades de la Nueva Ruta de la Seda, que atraviesa Asia y penetra en Europa.

Nacida después del conflicto mundial, la ideología del europeísmo imperialista se ha construido con el mito de la superación de las guerras y con la imagen de potencia benigna de la inclusión y del progreso. Ahora, en las colisiones globales y en los tiempos acelerados de la contienda, el Viejo Continente muestra el rostro rapaz de la guerra, del enfrentamiento sobre los mercados y del cierre detrás de los muros de la fortaleza Europa. El internacionalismo proletario y la autonomía de clase son el único antídoto, la elección crucial para levantar la mirada sobre el mundo.

Septiembre de 2018

Capítulo primero

La unión fiscal europea en el ciclo de la deuda (2011-2012)